



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

**Cumplir tus
promesas**

**Estar
dispuestos
a servir**

**GUIÓN DE MITAD
DE SEMANA**

**Seguir Su
ejemplo**

2018

Junio

Sesión 1 – Cumplir tus promesas

Bienvenidos a nuestras sesiones de grupo pequeño de junio. Este mes, exploraremos más a fondo la temática que nuestro Apóstol Mayor nos dio para 2018: «Fieles a Cristo». En esta primera sesión, descubriremos lo que significa ser fiel a Cristo al cumplir nuestras promesas. Veremos ejemplos de los primeros apóstoles y la primera iglesia para entender lo que significa cumplir nuestras promesas, así como algunos de los desafíos que enfrentamos al hacerlo.

Utilicemos a Pedro como nuestro primer ejemplo. En Lucas 22:33, después de celebrar la Última Cena con Jesús, Pedro dice: «Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte». Esto fue una poderosa declaración y promesa que mostró el amor y la devoción de Pedro a Jesús. Después de que Jesús fue arrestado, Pedro lo siguió de lejos, donde varias personas le cuestionaron sobre su conexión con Jesús. En cada ocasión, Pedro negó conocer a Jesús (Lucas 22:56-60). Su miedo causó que negara a Jesús, olvidando su promesa y declaración de algunas horas antes.

Hacemos una promesa y una declaración en el Bautismo, el Sellamiento y la Confirmación. En el día de nuestra Confirmación, anunciamos: «Yo renuncio al diablo y a todo su obrar y ser, y me entrego a ti, oh Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la fe, obediencia y con el serio propósito de ser te fiel hasta mi fin». Al igual que Pedro, nuestra promesa está basada en el amor y la devoción; prometemos nuestra fidelidad hasta nuestro fin. Cumplimos nuestra promesa cuando denunciemos lo que está mal y defendemos lo que está bien, a través de nuestras palabras y acciones. Sin embargo, a veces el miedo llena nuestros corazones y desistimos de cumplir nuestra promesa. Tal vez tengamos miedo de perder a un amigo, de aislarnos o de ser ridiculizados si mostramos nuestro amor a Jesús y anunciamos Su gloria. ¿Cómo superamos nuestros miedos?

Retomemos a Pedro y los apóstoles. Antes de Su ascensión al cielo, Jesús le dio a Pedro y a los apóstoles la Gran Comisión: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:19-20). Después de Pentecostés, Pedro y los apóstoles aceptaron esta misión con seriedad y una vez más enfrentaron gran oposición.

Leemos en Hechos 5:12-40 que los apóstoles hicieron muchas señales y maravillas en el pueblo, y que los que creían en el Señor aumentaban más. Entonces, el sumo sacerdote hizo que los pusieran en prisión. Un ángel llegó esa noche y abrió las puertas y dijo: «Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida. Habiendo oído esto, entraron de mañana en el templo, y enseñaban [...]» (Hechos 5:20-21). Podemos ver ya un cambio en Pedro: no tenía miedo de cumplir su promesa y encargo.

Pero Pedro y los apóstoles son arrestados una vez más. El concilio hizo que fueran por los apóstoles y los golpearan, y ordenó que no debían hablar el nombre de Jesús. Después de estos acontecimientos que leímos: «ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (Hechos 5:41-42). En este momento, Pedro y los apóstoles sabían que se arriesgaban al peligro y al castigo, pero eso no los disuadió de cumplir su misión y promesa. El miedo que había paralizado a Pedro durante el arresto de Cristo, fue sustituido por gozo, incluso cuando sufrió por Jesús. En nombre de Jesús, Pedro estaba dispuesto a enfrentar lo que fuera que sucediese. Qué fuerza debió haber recibido de la resurrección de Cristo, la promesa de la Gran Comisión y el poder recibido en Pentecostés. Estas experiencias le dieron la convicción para cumplir su promesa y encargo, incluso en tiempos difíciles.

Cuando realmente creemos que Jesús está con nosotros cada día, podemos encontrar la fuerza y el gozo para cumplir nuestras promesas. Es posible que enfrentemos situaciones difíciles en las que parezca más fácil negar nuestra fe y dejar de lado nuestras promesas, pero podemos obtener fuerzas del conocimiento de que Aquel que venció al pecado y a la muerte vive en nosotros. Nosotros también hemos recibido al Espíritu Santo quien nos impulsa a vivir nuestra vida de fe con audacia, al igual que los primeros cristianos.

La primera iglesia cristiana hizo grandes sacrificios para seguir a Jesús y cumplir sus promesas. Ellos se enfrentaron al daño, el ridículo, el castigo, la persecución y la muerte porque no negarían a Cristo. ¿Cómo perseveraron ante tales desafíos? Leemos en Hechos 2:44-47: «Todos los que habían creído estaban juntos, y

tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos». Ellos sobrevivieron al edificar una comunidad unificada y al apoyarse mutuamente. Hoy, también tenemos la oportunidad de reunirnos en la casa de Dios, alabarlo, y recibir la fuerza para cumplir nuestras promesas. Nos servimos unos a otros y nos cuidamos mutuamente para que nadie se quede solo en la lucha. Cuando somos una comunidad amorosa y obramos en unidad, nos ayudamos unos a otros a cumplir nuestras promesas y servir con gozo.

Cumplir nuestras promesas no siempre es una tarea fácil. A veces, debemos vencer miedos y luchas. A veces, debemos hacer sacrificios. Con la fuerza, el gozo y el amor que recibimos de Dios y de Su Hijo y a través de la comunidad de nuestra congregación, podremos cumplir nuestras promesas de permanecer fieles a Cristo.

Sesión 2 – Estar dispuestos a servir

¡Bienvenidos nuevamente! Continuaremos examinando los aspectos de la temática de este año: «Fieles a Cristo». El enfoque de la semana pasada fue ser fieles a Cristo al cumplir nuestras promesas. En esta sesión, exploraremos lo que significa ser fieles a Cristo al estar dispuestos a servir. Usando cinco ejemplos del libro de Hechos, veremos cómo la disposición a servir ayudó a la iglesia cristiana primitiva a crecer.

Encontramos nuestro primer ejemplo en Hechos 6. Varios judíos de habla griega habían respondido al Evangelio, pero debido a la barrera del idioma, se necesitaba una gran cantidad de cuidado para apoyar a estos nuevos creyentes. La restricción adicional de recursos condujo a un descuido de algunas de las viudas, por lo que se necesitaron ayudantes para atender este nuevo y bienvenido problema. Los apóstoles contactaron a la comunidad de habla griega para encontrar a siete ayudantes que estuvieran dispuestos a servir a estas viudas, para que los apóstoles pudieran continuar predicando la Palabra. El grupo eligió a siete que asumieron esta tarea terrenal y tal vez poco deseable. En el versículo 7, vemos el resultado de su disposición: «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente [...]». Debido a que estos siete hombres estuvieron dispuestos a servir y atender las necesidades de las viudas, los apóstoles pudieron abrir el camino para que la Palabra de Dios llegara a los nuevos creyentes. Puede haber ocasiones en las que dudamos en servir porque la tarea que se nos pide que hagamos no nos atrae. Ten presente que Aquel a quien servimos, y somos fieles, es Dios. Lo que sea que Él nos llame a hacer, sirve a un propósito más grande de lo que podemos saber en ese momento.

Nuestro próximo ejemplo en Hechos 9 entrelaza el llamado de Saulo (el Apóstol Pablo) con un discípulo llamado Ananías. Mientras Saulo viajaba en camino a Damasco, donde planeaba perseguir a los cristianos, Jesús se le apareció y le reveló un nuevo llamado para su vida. Debía encontrar a un discípulo llamado Ananías, quien le daría detalles sobre su nueva misión de ser un mensajero de Dios a los gentiles. Mientras tanto, el Señor se le apareció en una visión a Ananías y le instruyó que fuera y se encontrara con Saulo —un hombre que venía con la autoridad de perseguirlo— y le comunicara las intenciones que Dios tenía para él. La respuesta inicial de Ananías al Señor es simple: «Heme aquí, Señor». Pero cuando a Ananías se le dan detalles adicionales sobre su deber, se inquieta. El Señor le asegura su deber. Ananías se dispuso a buscar a Saulo, y todo sucedió tal como el Señor les había dicho. En este ejemplo, tanto Saulo como Ananías tuvieron que estar dispuestos a servir. Para Saulo, esto significó un cambio de vida completo. Para Ananías, significó confiar en Dios en una situación incierta y potencialmente peligrosa. Nuestra disposición a servir a veces requiere el valor para cambiar nuestra vida y confiar plenamente en el Señor.

En Hechos 16, se nos presenta a una mujer llamada Lidia. En los versículos 13 al 15, Lucas escribe: «Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido. Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos». El Señor abrió el corazón de Lidia para que no sólo escuchara las palabras del mensaje de Dios, sino también permitió que tuvieran un impacto transformador

en ella. Entonces ella tuvo el deseo de abrir su hogar y servir a quienes llevaban las buenas nuevas de Jesús de un lugar a otro. Escuchar y leer la palabra de Dios inspira nuestra disposición a servirle. El impacto de la palabra de Dios en Lidia y en su familia resultó en su deseo de servir. ¿Cómo has sido impactado por la Palabra de Dios? ¿Cómo ha transformado tu vida? ¿Cómo ha influido en tu disposición a servir?

Nuestro último ejemplo se encuentra en Hechos 18, en la historia de un hombre llamado Apolos. En los versículos 24 al 28 aprendemos que Apolos era un hombre judío que era «poderoso» en las Escrituras y un maestro en la sinagoga. Apolos «hablaba [...] diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan». Podemos inferir que quizás no estaba al tanto de la muerte y resurrección de Jesús, o sobre el mandato de bautizar a todas las naciones. Entonces cuando los discípulos de Jesús lo escucharon, lo llevaron aparte para ampliar su conocimiento de Dios. Una vez que recibió el mensaje de los discípulos, Apolos comenzó a predicar a los judíos que Jesús es el Cristo. Apolos ya estaba dispuesto a servir a Dios al enseñarles a los demás sobre las Escrituras, pero no estaba totalmente equipado para los propósitos de Dios. Él tuvo que hacer una pausa y ser receptivo a la enseñanza de los discípulos. Nuestra disposición a servir debe ir acompañada de estar equipados para cumplir el propósito al que Dios nos ha llamado. Dedica tiempo para crecer en tu entendimiento de Él, para que puedas servirlo lo mejor posible y alcanzar el potencial de Su llamado para ti.

A medida que continuamos al final de Hechos, encontramos que la iglesia cristiana joven había llegado a muchos lugares más allá de las fronteras de Jerusalén, tal como Jesús les había encargado a Sus apóstoles que hicieran. Esto fue posible gracias a las personas que estuvieron dispuestas a escuchar la Palabra de Dios y a abrir sus corazones para servir a los demás. Vemos una variedad de maneras de servir en estos cinco ejemplos: cuidar de las viudas, servir a los gentiles, acercarnos a aquellos a quienes tememos, abrirles nuestros hogares a los demás y enseñar a comprender a Cristo de una manera nueva y más profunda. Esta es una imagen de lo que significa ser una parte del cuerpo de Cristo: muchos miembros llamados a distintos deberes para cumplir Su misión. Sé fiel a Cristo estando siempre dispuesto a servir.

Sesión 3 – Seguir Su ejemplo

Bienvenidos a nuestro último grupo pequeño de junio. Este mes hemos explorado la temática de 2018: «Fieles a Cristo». Cada sesión, hasta ahora, se ha enfocado en uno de los aspectos que el Apóstol Mayor Schneider compartió a principios de año: cumplir nuestras promesas y estar dispuestos a servir. Para profundizar más en lo que significa ser fiel a Cristo, nuestra última sesión examinará la manera en la que Pedro siguió el ejemplo de Jesús en Su experiencia con Cornelio, encontrada en Hechos 10.

La historia que encontramos en Hechos 10 trata acerca de vencer prejuicios; una historia sobre renovar nuestras mentes para ver a los demás como Dios los ve. Cornelio era un hombre fiel que tenía una relación personal con Dios, y deseaba escuchar la palabra de Dios de uno de los seguidores de Cristo. Pero Cornelio también era un gentil, y se suponía que el pueblo judío —incluyendo a los apóstoles de Cristo— no debían asociarse con ellos. Sin embargo, cuando un ángel de Dios visitó a Cornelio en una visión, Cornelio envió siervos para que encontraran al Apóstol Pedro y le pidieran que fuera a predicarle a él y a su familia (Hechos 10:7-8).

Justo antes de que los servidores de Cornelio llegaran, Pedro también tuvo una visión. En la visión, él ve diferentes tipos de animales salvajes y luego escucha una voz diciéndole que los mate y los coma. Pedro responde que no puede comerlos porque estos animales son comunes o inmundos (Hechos 10:10-14). En aquella época, y aún hoy, al pueblo judío sólo se le permitía comer ciertas especies de animales que se consideran limpias según los lineamientos establecidos en la Ley Mosaica. Comer algo que no siguiera esas reglas era inconcebible. Pero la voz en la visión de Pedro le dijo: «Lo que Dios limpió, no lo llares tú común» (Hechos 10:15). «Común» en griego, significa algo ceremonialmente impuro, y, en hebreo, significa algo que es profano o impío.

Con esta visión aún fresca en su cabeza, Pedro es convocado a la casa de Cornelio, y con el impulso del Espíritu, él accede ir. Cuando se encuentra con Cornelio, Pedro le recuerda que es ilícito que un varón judío hable con un gentil. Pero después de escuchar cómo Cornelio fue llamado a buscarlo a través de una visita de

un ángel, el corazón de Pedro se abre a una nueva manera de entender la visión que Dios le dio. Él dice entonces: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia» (Hechos 10:34-35).

Juzgar suele nublar nuestro pensamiento acerca de la dificultad para reconocer que, como humanos, *sí* mostramos parcialidad, a diferencia de Dios. No fue suficiente que Jesús le dijera a Pedro en la Gran Comisión que fuera e hiciera discípulos a todas las naciones (cf. Mateo 28:18-20). Debido a la cultura de la época, una barrera permanecía en la mente de Pedro que le impedía realmente ir *a todas las naciones*. Dios tuvo que guiar a Pedro, a través de una visión, para que hablara con Cornelio y su familia y que fuera realmente un testigo de Jesús. Así de fuertes y subliminales eran los juicios de Pedro contra los gentiles; era normal disociarse de todo un grupo de personas.

¿Cómo es para nosotros hoy en día? ¿Es *normal* que tendamos a no asociarnos con personas que tienen un aspecto diferente al nuestro? ¿Es normal que actuemos poco acogedores o que rechacemos a las personas de culturas diferentes o con tradiciones diferentes? Los prejuicios se vuelven parte de nuestra naturaleza. Pero ser un seguidor de Cristo significa que trabajamos para matar a nuestra vieja naturaleza para que *Su* naturaleza pueda crecer en nosotros (1 Corintios 15:31). Ser Su discípulo significa que debemos cambiar. Cuando deseamos seguir el ejemplo de Cristo, nuestras mentes y nuestras perspectivas se expanden, tal como con Pedro. Nuestras perspectivas e incluso la manera en la que nos definimos, son desafiadas por lo que Cristo espera de nosotros cuando nos declaramos como Suyos. La tensión se crea cuando vemos las cosas de una manera, pero Él nos muestra la verdad sobre cómo son las cosas realmente.

En este momento de la vida de Pedro, y tal vez incluso en nuestras propias vidas, podemos ver cómo el juicio y el prejuicio afectan nuestro testimonio de Cristo. Como discípulos de Cristo, quienes hemos recibido la instrucción de amarnos unos a otros, es nuestra responsabilidad vencer la parte prejuiciosa de nuestra naturaleza y, en cambio, creer que todos son dignos de escuchar el Evangelio. Dios cree que *nosotros* somos dignos de escuchar el Evangelio, y nos ha permitido venir a Él y aceptarlo. Debido a esto, debemos entender que todos tienen la oportunidad de volverse a Cristo. Jesús ejemplificó esto en Su ministerio: Él sanó a marginados de la sociedad, permitió que mujeres y niños estuvieran en Su presencia, y se reunió y comió con pecadores. Él pasó gran parte de Su tiempo con personas que la sociedad no consideraba dignas. Él se acercó a ellos con una actitud gentil y abierta, y cuando el pecado de alguien era revelado, Él, lo llamaba al arrepentimiento con amor, pero también con firmeza. Le tomó tiempo a Pedro aprender a seguir el ejemplo de Jesús y a superar las barreras que existían en su mente. Esto también puede llevarnos un tiempo. Pero debemos hacer el compromiso de trabajar en ello.

Si afirmamos que Jesús es nuestro ejemplo, entonces ¡debemos seguirlo! A través de Él, todos somos aceptados. Sabiendo esto, se nos llama a salir de nuestros juicios y prejuicios. Se nos llama salir de nuestra vieja naturaleza que insiste en que somos mejores que los demás. En cambio, se nos llama a una vida que siga Su ejemplo y vea a todas las personas como Dios las ve: dignas de las buenas nuevas del Evangelio que cambian vidas. Ser constantes en nuestro amor por los demás y por Cristo, cumplir las promesas que le hemos hecho a Él y tener la disposición a servir nos ayudará a seguir el ejemplo de Cristo en todo lo que hagamos.